

Proposiciones



Nos

al

INDICE

INVENTARIO	
(Eugenio Tironi).....	007
CIENCIA, POLITICA, DEMOCRACIA	
(Justo Mellado S.).....	008
POR LA MUERTE DE ISKRA	
(Javier Martínez).....	009
LA DEMOCRATIZACION UNIVERSITARIA, RECORDANDO CORDOBA	
(José Bengoa).....	010
LA FECH DE LOS AÑOS VEINTE	
(Eduardo Valenzuela y José Weinstein).....	011

INVENTARIO

EUGENIO TIRONI B.

El problema es demasiado próximo como para poder tratarlo con la objetividad necesaria. Se trata de la crisis del marco teórico-programático de nuestra Izquierda; o, de otro modo, de la crisis de nuestro marxismo; y, también, de la crisis de ese conjunto indefinible de convicciones que sostenían nuestra voluntad y nuestro discurso. De aquí el carácter subjetivo y la forma desordenada de estas Notas que no persiguen si no inventariar algunos de los elementos que forman parte de este fenómeno; o que lo ponen en evidencia; o que lo estimulan. El objetivo no es otro que el provocar una discusión ya ineludible en nuestro Seminario.

I.

Para partir desde algún lado, recordemos una obviedad: en todo orden de cosas resulta indispensable contar con un punto de partida seguro. Sin ello, no parece posible construir nada sólido y, mucho menos, algo convincente.

En el plano de las llamadas ciencias sociales ese punto de partida está normalmente constituido por un determinado cuerpo teórico (para denominarlo de algún modo) compuesto de conceptos, categorías, metodología, instrumentos de análisis, indicadores, etc., así como de un conjunto acumulado de información y análisis. En nuestro caso, ese cuerpo teórico estaba constituido por el marxismo y su trayectoria (especialmente leninista), acompañado de un análisis histórico concreto tributario de las teorías cepalianas. A su vez, ese cuerpo teórico estaba asociado -y siempre lo está- a un complejo universo de convicciones éticas y políticas más o menos incommovibles.

Nuestro problema más agudo, hoy por hoy, es el de la ausencia de un punto de partida o, si se quiere, el de la crisis o desintegración del punto de partida desde el que nos desenvolvimos en el pasado. No se encuentra desde dónde ni sobre qué fundar una crítica sólida a la realidad actual y diseñar a la par una alternativa convincente.

El recurso a los "clásicos" resulta por lo menos insuficiente: en su nombre se han cometido demasiados desmanes; las interpretaciones y lecturas son tan diversas que ya no son más punto de unidad; y como se ha comprobado, ellos no dan muchas luces para el diseño de alternativas históricas concretas. El resultado no es mejor si se recurre como punto de partida a nuestra propia historia o a otras experiencias: la nuestra desembocó en un fracaso gigantesco, por lo que no convence sino como recurso mitológico; y aquella historia heroica de otras latitudes no pasa un día sin que nos inunde de nuevas desilusiones.

Sentimos cada vez más el frío -y otros la vergüenza- de la desnudez. Como de ese cuerpo teórico y de esas convicciones incommovibles, protectores, fundantes. En el campo de las ciencias sociales se ha institucionalizado en cambio la sospecha y el eclecticismo; enmascarado a veces por un empiricismo casi irracional; hasta que la desnudez -o la vergüenza- vuelve a aparecer (muchas veces en la forma de "surmenage"). En el campo político, todo esto parece determinar la retirada de una cierta mística fundada en la ilusión de "la verdad", de la voluntad a toda prueba, de esa política tan lindante con el autoritarismo, todo lo cual nació de la ilusión de ser depositarios de "la verdad": efectos benéficos, sin duda, pero evidentemente insustanciales si lo que desea es configurar una alternativa para el país.

Por primera vez en muchas décadas el pensamiento teórico y político progresista, de Izquierda, se encuentra en Chile a la defensiva o, más todavía, contra el paredón. (Y en el paredón no solamente por la amenaza de algunos fusiles como por la amenaza de sus propios fantasmas: sus "clásicos" y su historia).

Digamos pues que la derrota ha sido profunda; que se ha internalizado; que parece reproducirse. Y que su reversión tiene quizás como detonante un ajuste de cuentas con nuestros propios fantasmas y la reconstrucción del ideal, de la teoría, del pensamiento y del programa de la Izquierda, cualesquiera sea el método que se emplee.

De todo esto existe una conciencia cada vez más profunda y extendida. La experiencia nuestra -de Chile- ha sido demasiado intensa como para que alguien pueda dejarla de lado para apelar a "modelos" importados; la trayectoria de pensamiento anterior nos condujo a una derrota demasiado dramática como para que alguien se imagine que se trata sólo de retomarla.

Definitivamente, el dogmatismo de cualquier especie, la modelística, el sectarismo teórico y el fanatismo político son fenómenos que pierden sostenes. Esta es la virtualidad de esta crisis por la que atravesamos: parece un despertar lento, pero implacable. Desde ya, nuevas convicciones han venido tomando el lugar de las antiguas, y muchas de estas últimas se han rejuve-

necido y renovado.

II

Para aproximarnos al inventario anunciado hay que dejar desde ya establecidas las cosas. La primera, que en este caso al menos, es imposible separar en el análisis lo que hemos llamado cuerpo teórico, por un lado, y convicciones, por el otro: de hecho, las crisis de ambos tienen orígenes comunes y su superación supondrá necesariamente procesos paralelos. Y la segunda, que tras esta crisis teórico-política de la Izquierda lo que hay son fenómenos históricos, y sólo en éstos se pueden comprender su causa y desarrollo.

Hay por lo menos seis grandes fenómenos históricos tras la actual crisis teórico-política de la Izquierda:

1. La crisis de 1973 con efecto sobre la credibilidad de la Izquierda. Importantes sectores del pueblo chileno, por lo demás, guardan un recuerdo traumático del período 70-73 -no importan los motivos-. Esto plantea la necesidad inescapable de una evaluación que dé cuenta racional de ese período y funde bases para la reconstrucción de la credibilidad perdida.
2. El desarrollo de una práctica política (y vital) de izquierda que, acorde a las circunstancias históricas y a la nueva priorización de las demandas populares, se ha articulado objetivamente en torno a banderas por lo menos inusuales para la izquierda, y se ha organizado bajo una institucionalidad que no controla en condiciones absolutamente hostiles, y enfrentada a un diálogo ineludible con otros sectores opositores, antaño vistos como parte de un universo enteramente alternativo. Todo esto acarrea efectos importantes como por ejemplo:
 - i) Se verifica una integración de la Izquierda a la acción de iglesias y a su discurso crítico basado en los Derechos Humanos;
 - ii) En el plano político, se asume una postura humanista, democrática y marcadamente antieconomista, muy coincidente con el planteo democrático-liberal clásico;
 - iii) En el plano de la crítica económica se adopta como propia una postura desarrollista, ciertamente más eficaz para tal fin que el empleo de un "marxismo crudo";
 - iv) Se entra a reinterpretar la historia de Chile y la participación en ella de la Izquierda y del Movimiento Popular, fijando como verdadero hito de ruptura ya no 1970 sino 1973, con todo lo que ello implica teórico y políticamente;
 - v) En el plano de la lucha social se entra a estimular la autonomía de los movimientos sociales respecto no sólo al Estado, sino también a los partidos.
3. La puesta en práctica de un nuevo discurso y de un nuevo proyecto de sociedad por parte de las clases dominantes chilenas; los que, a diferencia del pa-

sado, no incorporan concesión alguna para las clases subalternas. Las singularidades de este proyecto residen en su alto grado de consistencia y modernidad, así como su pretensión universalista toda vez que se inscribe -como ejemplo señero para algunos- dentro del renacimiento a escala mundial de un nuevo conservadurismo. Este fenómeno implica para el pensamiento de izquierda por lo menos dos nuevos desafíos:

- i) El de tener que construir una alternativa con capacidad hegemónica frente a un proyecto macizo que ha logrado un alto nivel de sistematización del sentido común capitalista y una gran eficacia en la implantación de pautas conductuales que lo reproducen; y
- ii) El de enfrentar un proyecto capitalista dominante que basa justamente su eficacia en la premisa "marxista" de la determinación económica de la vida social, política y cultural.

4. La instauración de un nuevo escenario sobre el que hoy se desenvuelve la lucha de clases en Chile como efecto de un sinnúmero de transformaciones estructurales que no es el caso describir. Lo definitivo es que, hoy por hoy, no cabe más alternativa que reconocer esta nueva realidad, que impone la reformulación de gran parte de las bases programáticas de la Izquierda -y, obviamente, del cuerpo teórico en que éstas se sustentan. Así por ejemplo:

- i) La intensificación y expansión de las relaciones capitalistas y el abandono por parte del Estado de su rol compensador de desigualdades y de mediador respecto a las contradicciones sociales ha desembocado en una multiplicación, agudización y atomización de los conflictos, los que son relegados al ámbito privado o corporativo. En este contexto, las respuestas clásicas de "unidad" y "organización", y los instrumentos federativos y partidarios tradicionales -por ejemplo-, resultan objetivamente cuestionados en términos de su eficacia para canalizar las demandas cotidianas de la lucha social.
- ii) Los cambios ocurridos en la estructura social, con una disminución aguda del número de obrero industriales y un incremento espectacular del empleo informal y del localizado en el sector terciario, a lo que se une la estabilización de una masa enorme de desocupados, por ejemplo, reducen seriamente la base social histórica de la izquierda e inhiben y debilitan la organización y lucha sindical. La profundización de la heterogeneidad estructural, por su parte, hace más precaria la base material de la unidad del movimiento obrero y de las eventuales alianzas de éste con otros sectores sociales, lo que afecta a uno de los ejes principales de la propuesta de la Izquierda en el pasado; la unidad obrero-campesina.
- iii) Surgen fuertes interrogantes a partir del hecho de que la economía chilena ha sido ya reestructurada en función de una nueva inserción en la economía mundial, lo que se ha realizado a un elevadísimo costo para los trabajadores y el país. La primera, si Chile puede soportar una nueva "política de shock" -ahora de signo inverso- destinada a revertir esta nueva estructura, o es preciso con este objeto implementar una política gradual. La segunda, si pueden y deben ser abandonados enteramen

te mecanismos como la "apertura al exterior", la "especialización", el "mercado", etc.. En suma, si hay o no alternativa económico-social de Izquierda viable, no traumática, políticamente factible; y cuales son los límites de esa estrategia alternativa.

- iv) La trágica experiencia de los últimos años ha dejado profundas huellas en la conciencia popular. Se han debilitado fuertemente los valores y conductas en que sostenía la práctica y discurso de la Izquierda, imponiéndose masivamente aquellos propios de un capitalismo salvaje (individualismo, consumo, competencia...). Sin embargo, de forma paralela, se ha venido levantando en ciertos sectores un cuerpo valórico-ideológico en muchos aspectos ajeno al tradicional de Izquierda y más próximo del universo cultural cristiano, como es todo aquel referido a las ideas de solidaridad y derechos humanos. Estos cambios en la subjetividad popular ya forman parte del nuevo escenario y hay que dar necesariamente cuenta de ellos.

5. El cuestionamiento creciente de los socialismos reales por parte de la opinión pública progresista en todo el mundo y el surgimiento de fuertes disidencias internas. Este cuestionamiento surge de bases objetivas, tales como:

- i) El problema de la vigencia de los Derechos Humanos;
- ii) el grado real de democracia y libertad en un sistema socialista;
- iii) la eficiencia de las economías socialistas en términos de promover una estrategia de crecimiento compatible con la satisfacción creciente de las necesidades dinámicas de su población;
- iv) el tipo de inserción de los economías socialistas en la economía mundial;
- v) la política internacional de estas naciones; y
- vi) la capacidad del sistema socialista para canalizar y resolver conflictos emergidos de problemas como la religión y el arte, así como su capacidad para superar -y no acentuar- formas neoeconómicas de dominación, como el machismo, las nacionalidades, etc..

El pensamiento de la Izquierda chilena que, por lo demás, está extraordinariamente relacionado con el exterior producto del exilio, ha sido fuertemente tocado por el mencionado cuestionamiento al que de hecho forma parte de la construcción aquí de una alternativa. La experiencia de Chile, por lo demás, determina una alta sensibilidad sobre temas tocantes a derechos humanos, libertad, democracia, "lógica económica" etc. Con esto, la idea de un modelo socialista identificado con una experiencia histórica determinada, ha perdido irreversiblemente su lugar. Más todavía cuando surgen fuerzas progresista alternativas en el campo internacional, como es el movimiento no-alineado y -en casos calificados- la propia Internacional Socialista.

6. Debe anotarse, por último, el fenómeno de la crisis del marxismo, o, más bien, el de la pulverización de un marxismo entendido como doctrina y/o ciencia única, cerrada, con "auténticos" y "falsificadores", "consecuentes" y "revisionistas". Ciertamente, este fenómeno es, básicamente, un efecto de hechos históri-

dos, como el ~~desarrollo~~ de los socialismos reales; la emergencia del eurocomunismo con los temas de la democracia y las vías nacionales; el levantamiento del tema derechos humanos a escala mundial; y la década de derrotas y represión que asoló a América Latina -especialmente la experiencia chilena con la banquerota consiguiente de la tesis dependistas-foquistas y modernizadoras-reformistas. Lo más característico -y saludable- de esta crisis del marxismo es que se diluyó el eje a partir del cual, en el pasado, se podía fijar una "derecha" y una "izquierda" sobre una imaginaria línea vertical, hoy ya no se sabe, por ejemplo, si el que critica la falta de democracia en el socialismo real y aboga por un socialismo libertario está a la "derecha" o a la "izquierda".

III

En la actualidad, son innumerables los problemas que se le plantean al marxismo y al cuerpo teórico de la izquierda para poder sostener respuestas políticas adecuadas a la nueva realidad chilena. Esquematizando al extremo, para posibilitar su desglose, se pueden inventariar los siguientes (en un orden que no sugiere importancias):

1. El problema de la relación entre economía y política, que se plantea con fuerza en circunstancias que el modelo autoritario imperante se funda justamente sobre la idea -normalmente calificada como central del marxismo- de que la política (institucionalidad, por ejemplo) es y debe ser una resultante del nuevo modo de operación de la economía. El esquema económico neoclásico, en efecto, lleva esta máxima hasta un extremo casi grotesco: (Los artículos de Bardón sobre la "agitación estudiantil", donde propone como solución elevar el precio de las matrículas, es un ejemplo deslumbrante).

No parece justo cargar a Stalin el sesgo "economicista" que el marxismo ha adoptado a lo largo de su historia. De hecho, lo más singular de Marx en su época fue su postura crítica de la política y del Estado a partir de la economía:

- "Tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas (...) sino que radican (...) en las condiciones materiales de vida" (sociedad civil) (...) El modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual en general (...) y cambiar la base económica es revolucionar (...) y reedificar todo el inmenso edificio erigido por ella" (1).

- "... la finalidad de esta obra es descubrir la ley económica que mueve la sociedad moderna" (...) Se trata de las leyes mismas, de las tendencias mismas que actúan y se imponen con una necesidad férrea" (2).

De allí que resulten sorprendentes éxitos como el que realiza D. Sees para probar "la congruencia entre el marxismo y otras doctrinas neoclásicas", donde sostiene por ejemplo: (3)

- i) Ambas doctrinas aceptan que los seres humanos se comportan -al menos en

sus capacidades como productores y consumidores- exclusivamente por motivos económicos; y que, por ende, los incentivos materiales son los únicos que importan a la larga.

- ii) Ambas son profundamente optimistas y ven la historia como un progreso indefinido; y al futuro como una utopía de paz y progreso a ser alcanzado -en el peor de los casos- por las próximas generaciones al precio de los sacrificios de la actual.
- iii) El progreso es visto como esencialmente material ya que éste es condición de avance en los frentes político, social y cultural ("superestructuras").
- iv) Una fé acrítica en la ciencia que lleva, a los economistas y cientistas sociales de estas doctrinas, a aproximarse al modelo de las ciencias físicas y a un desprecio del valor convocante de los mitos.
- v) En el plano de la economía propiamente dicha:
 - a) las imperfecciones en los mercados de productos y factores no son consideradas lo suficientemente serias como para privar de significado a los precios ("ley del valor");
 - b) la idea del desarrollo como un fenómeno -a la larga- puramente económico ("desarrollo de las fuerzas productivas");
 - c) la inversión de capital ("acumulación") es el factor más determinante -o el único determinante- del crecimiento, lo que lleva a una virtual ignorancia y desinterés por otros factores;
 - d) la creencia en la modernización, en el rol civilizador del crecimiento económico con respecto a supersticiones arcaicas, mitologías, lealtades étnicas, creencias religiosas, dominación sexual y otras formas de conciencia atrasada: la urbanización y la industrialización son inevitables y progresistas;
 - e) no existe mayor interés sobre los cambios institucionales, al menos entre uno y otro cambio político radical ("revoluciones").

El ejercicio de Sees da muchas luces sobre el porque de cierta ineptitud del marxismo como instrumento crítico del discurso autoritario chileno actual; y por qué su "retirada" en campos cada vez más amplios del "pensamiento expon-táneo de izquierda" al interior del país.

Parece indispensable retener el tema puesto en el tapete por R. Echavarría en una sesión anterior. Este, junto con insistir enfáticamente en la interpretación del pensamiento de Marx como crítica de la política desde la economía, revelaba la inconsistencia lógica de su construcción teórica, erigida sobre el concepto fuerza de trabajo cuyo valor -en último término- no es determinado por la economía sino por la política (el "factor histórico-moral" de El Capital).

2. "La imposibilidad que el marxismo encuentra de construir su discurso en términos exclusivos de luchas y alianzas de clase (...) en una etapa histórica en que la proliferación de nuevas contradicciones exige cada vez más concibir a los agentes concretos como sujetos múltiples y a las luchas socia-

les como prácticas articulatorias..." (4).

El quiebre del sistema político chileno y la dispersión inherente al nuevo escenario han traído consigo la presencia de una multiplicidad de contradicciones y conflictos que no logran ser medidos ni expresados por los partidos políticos, generando formas de organización propia que reclaman con legitimidad su autonomía; reclamo que es compartido, por lo demás, por otros organismos sociales, como el movimiento sindical. No es éste, pues, un problema puramente especulativo: está ya presente, y lo estará cada vez más; y a él están asociados otros problemas, como los siguientes:

- i) "la eliminación del reduccionismo de clase como supuesto fundamental de la teoría política marxista";
 - ii) la ruptura "con las concepciones empiristas y racionalista de las clases sociales", donde éstas "se identifican con los grupos sociales empíricamente dados" a partir de su inserción en el proceso productivo, de donde se deducirían -apelando a un supuesto racionalista- todos los demás rasgos del agente;
 - iii) la ruptura consiguiente con la idea de que la historia tiene como sujetos a las "clases sociales" y no a los agentes sociales concretos constituídos a partir de un discurso con pretensión hegemónica; y
 - iv) la aceptación de la existencia de "posicionalidades populares" y "posicionalidades democráticas" no siempre congruentes, y la política como "práctica articulatoria", en cada momento histórico, de ambas posiciones (o de la democrática sobre el sujeto popular).
3. El problema del partido político, tema que emerge críticamente de la ausencia de un rol definido del partido en el actual escenario, y del divorcio entre estos y el movimiento social.

Este problema se puede desagregar en por lo menos cuatro aspectos críticos:

- i) La idea del partido como portador de una "conciencia de clase" ahistórica, generada externamente al movimiento obrero, cuya práctica espontánea no le conduciría sino a una conciencia "tradeunionista". Como se ha verificado históricamente, esta idea de partido conduce casi inevitablemente a prácticas no democráticas, toda vez que se acepta la operación de una élite que a la larga, debe imponer su voluntad (a nombre de un pretendido "interés general" o "histórico") sobre la decisión popular libre y soberana (teñida de ideología burguesa). Por lo demás esta es la lógica del régimen autoritario, donde el partido son las FF.AA. y el "interés general" la doctrina de Chicago...
- ii) La idea del partido como expresión de una "clase social", o el problema del carácter de clase de todo partido político. Esta concepción no es sino una extensión del razonamiento reduccionista comentado más arriba. Una primera derivación de esta concepción es la del unipartidismo en el socialismo. La segunda, una dificultad enorme para comprender casos concretos, como es la existencia histórica en Chile de dos o más partidos que proclaman ser expresión de la clase obrera; lo que muchas

veces se reemplaza por la aceptación pura y simple de que la correlación sólo cabe a un partido y que los restantes son meros "falsificadores" que hay que "desenmascarar" y "subordinar" por cualquier medio. Y la tercera derivación, una dificultad también enorme para comprender, relacionarse y entenderse con fuerzas "pluriclasistas", como el P.D.C.

iii) La relación entre el partido político y el movimiento social, tema pues to al tapete por el quiebre del relacionamiento tradicional y por la resistencia de muchas organizaciones sociales ante la reproducción de una relación de control que ahogue su autonomía. Tras este problema está, también, el de la aceptación o no del partido como única forma de mediación política; lo que tiene que ver con la aceptación o no de contradicciones no reductibles a "posicionalidades únicas de clase" (Laclau).

iv) La forma de organización del partido, donde la plena democracia interna es una exigencia cada vez mayor, lo que entra en tensión -sin embargo- con el centralismo eficientista de un partido concebido como "vanguardia"; como portador de la "conciencia de clase"; como instrumento que abre paso a las luchas sociales y que conviene en su interior gracias a lo eficaz de su apoyo; como aparato sujeto a su propia y totalizada lógica interna, y sus consiguientes lealtades. Emerge, al lado, un enfoque diferente, congruente con una verdadera democracia interna, con una idea "movimientista" del partido, el que estaría referido exclusivamente al ámbito de lo político; cuyo contingente militaría además en aquellos movimientos sociales a los que pertenezcan y, en ellos, obedecería a su propia lógica y disciplinas internas; con una estructura flexible, adaptada a una sociedad heterogénea, etcétera.

4. El problema de "lo cristiano" y de "lo religioso"; problema que surge de varias constataciones insoslayables: la primera, que las Iglesias, los cristianos y el cristianismo han jugado un papel decisivo en la defensa de los Derechos Humanos; la segunda, que la Izquierda objetivamente se ha desenvuelto apelando a las banderas y a la protección del cristianismo y de las Iglesias; la tercera, que la construcción de un proyecto de mayorías, hoy, en Chile, pasa por la incorporación de este universo cultural; y la cuarta, que "lo religioso" parece que no desaparece automáticamente con el desarrollo de las fuerzas productivas" ni con la "educación socialista" y la reducción del mismo al ámbito de lo privado, como se verifica diariamente en Polonia, por ejemplo.

Hasta el presente, el pensamiento marxista y de Izquierda chileno se ha mostrado incapaz de integrar verdaderamente este fenómeno a su propuesta. Han prevalecido posiciones instrumentalistas, preocupadas únicamente del ángulo cuantitativo (la enorme masa de cristianos), como si a lo más, éste fuera un problema de "alianzas". El supuesto teórico de estas posturas es clásico: lo religioso o cristiano es una forma de "conciencia atrasada", por lo que desaparecerá gradualmente en el proceso de práctica común ya de avance. Esta visión ha sido indirectamente reforzada por los esfuerzos tendientes a armar de proyecto y organización política propia a los cristianos de iz-

quiera, como si fuera posible y positivo diferenciar lo cristiano dentro del campo popular.

Tras la visión instrumentalista de unos y la desconfianza e inseguridad de los otros, queda planteado un problema complejo: la relación entre marxismo y cristianismo. No asumirlo -pese a sus aristas aparentemente teóricas abstractas- imposibilitará a futuro la gestación de un proyecto efectivamente común, de síntesis, de mayoría: la pura cooperación o el puro encuentro "en la lucha" -así como el puro "diálogo" al estilo europeo- no resolverá el problema de una relación que involucra aspectos teóricos y doctrinarios inescapables.

Tras todo esto hay, incuestionablemente, diferencias teóricas (e históricas) muy profundas, y sería pretencioso abordarlas aquí. Según J.M. Bonino (5) lo central está en que Marx, al rechazar a los dioses y a la religión como expresión de su pasión por los hombres niega toda mediación entre el hombre y la libertad, mientras el cristianismo reconoce la mediación en Dios como fundamental: brevemente, en la Biblia es Dios quien desmistifica al hombre; para Marx, es el hombre quien desmistifica a Dios".

Bonino reconoce, sin embargo, al menos un punto de convergencia fundamental: "el marxismo ofrece un camino científico, verificable y eficaz para articular históricamente el amor", verdadero "ethos" del marxismo. A su vez, agrega, el cristianismo no es sólo una fuerza motivadora. Entrega un aporte específico, el más fundamental de los cuales es el "poder inspirador y crítico de la fé... ". Afirma -siguiendo a Gutiérrez- que la fé "deviene políticamente relevante mediante la estimulación del pensamiento utópico" en dirección al Reino a través de la justicia. Lo hace en tres sentidos diferentes:

i) Define una "matriz de esperanza" (Bloch): futuro no como horizonte cerrado sino como promesa efectiva.

ii) La fé mira la historia como la arena de un permanente -aunque no decisivo- conflicto. La visión escatológica impulsa permanentemente hacia el Reino, pero a la vez otorga a todas nuestras conquistas históricas carácter parcial, provisorio, penúltimo. Esto significa -para un proyecto político- "que no puede haber una suspensión teológica de la ética: en otras palabras, ninguna clase humana, grupo o generación puede ser considerada como meramente instrumental. (...) Toda generación es, simultáneamente, medio y fin, llamada a realizar al máximo las posibilidades humanas que le son abiertas y a sacrificarse para entregar mayores posibilidades a las venideras".

iii) El cristianismo no asume el monopolio de la ética; pero sí incorpora esta dimensión desde la perspectiva peculiar de su fé.

Phreciera, pues, que un acercamiento teórico e histórico a este problema es inevitable; porque aparte de los efectos políticos que de aquí se derivan, puede ayudar a contener el potencial totalitario que -según se ha ve-

rificado- el marxismo posee cuando se convierte en ideología de Estado. Como dice Garaudy, en la vida humana y en el movimiento histórico hay campos no explicables científicamente, como el arte, la fe, el amor. Una revolución verdadera no puede dejar de tener en cuenta esos aspectos. Una cooperación entre cristianos y marxistas es indispensable para esa tarea. "Hay un cristianismo stalinista, así como un marxismo clerical": superarlos implica una crítica constante de cada uno.

5. El problema de la Democracia en el Socialismo, tema sobre el cual existe una fuerte sensibilidad por la revalorización de la democracia a la que ha acarreado la experiencia autoritaria. Sobre esta materia abundan estudios y opiniones, a lo que ha contribuido decisivamente el debate suscitado por el Eurocomunismo. En este problema convergen, por lo demás, buena parte de las cuestiones comentadas más arriba y antes en el Seminario. Aunque no sea sino para situar el problema en términos más concretos se pueden indicar de esta manera sus aristas más relevantes:

- i) el problema de la relación economía-política y el clásico, entre igualdad y libertad;
- ii) el de dominación o hegemonía de una clase sobre otras, y los mecanismos de reproducción de ese "statu-quo";
- iii) el de la representación, control, revocabilidad, el de la información, transparencia y maleabilidad, etc., en los marcos de la división del trabajo intrínseca a una sociedad compleja;
- iv) el de unipartidismo o pluripartidismo;
- v) el de la vía al socialismo: ¿debe ser "democrática" para acceder a un socialismo también democrático?

6. El problema del socialismo como sistema económico efectivamente alternativo al capitalismo: su factibilidad y eficacia. Porque la idea comúnmente identificada con el socialismo ha sido la de una "economía centralmente planificada" y con los medios de producción en manos del Estado, "representante del proletariado y de todo el pueblo". Sin embargo, esta imagen, ha perdido gran parte de su atractivo producto del fortalecimiento de demandas democráticas, autogestivas, antiburocráticas; y de las dudas legítimas respecto a la eficacia de tal sistema en términos de la satisfacción creciente de las necesidades de su población.

Un fenómeno relevante, que ha alimentado un escepticismo, por ahora irremediable, es el de la "acelerada integración o reintegración de las economías socialistas a la división internacional del trabajo" (A.G.Frank). Así por ejemplo: (6)

- i) Las deudas de las economías socialistas con Occidente han aumentado de US\$ 7.000 millones en 1971 acerca de US\$ 60.000 millones en la actualidad.

ii) En la división internacional del trabajo la relación "Este socialista-Tercer Mundo" es equivalente a la relación Occidente capitalista-Este socialista: en efecto, "los países socialistas importan tecnología de Occidente y para pagarla exportan dos terceras partes de combustibles y materias primas y un tercio de manufacturas. Pero las exportaciones socialistas al Tercer Mundo, a su vez, consisten en dos tercios de productos manufacturados de bajo nivel tecnológico y sus importaciones consisten en dos tercios de materias primas".

iii) Las empresas occidentales producen en los países socialistas bajo condiciones en que estos aportan básicamente mano de obra capacitada barata, así como disciplina laboral.

Dado este juego de relaciones no resulta extraña por ejemplo, la siguiente afirmación de Zhikov, Primer Ministro de Bulgaria: "es deseable que la crisis por la que atraviesa Occidente termine rápidamente, ya que afecta y crea incertidumbres para la economía búlgara, que hasta cierto punto depende del comercio con los países occidentales". De hecho, los países socialistas operaron como "válvula de seguridad" para la crisis capitalista que se manifestó en la recesión 1973-1975.

En estas circunstancias, la idea de un "modelo socialista" de desarrollo económico ha entrado en una serie crisis; y cunde la apelación a soluciones mucho más eclécticas y pragmáticas -lo que además se ve reforzada por la ausencia de un instrumental de política económica propio y coherente por parte de la economía marxista. No es extraño, por lo tanto, que en el Chile actual una propuesta económica alternativa elaborada desde la Izquierda no difiera cuantitativamente de otra diseñada desde perspectivas tradicionalmente contrarias. Desde cierto punto de vista esto puede ser un avance; pero si se observa detenidamente el curso de los desplazamientos, es evidente la bancarrota del pensamiento económico tradicional de Izquierda.

IV

Estos son algunos componentes de un Inventario que podría hacerse interminable: piénsese, por ejemplo, si se incorporaran a él problemas que surgen de la psicología o de la ecología; o de la dominación sexual... Pero se trataba solamente de seguir abriendo el debate.

NOTAS

- (1) Marx, K., "Introducción General a la Crítica de la Economía Política 1857", p. 39. Ediciones Seneca.
- (2) Marx, K., "El Capital", Prólogo a la Primera Edición Alemana del Primer Tomo, F.C.E., México.
- (3) D. Seers, "The congruence between marxism and other neo-classical doctrines", Discussion Paper, I.D.S., G.B. 1979.
- (4) E. Laclau, "Tesis acerca de las formas hegemónicas de la política".
- (5) José Míguez Bonino, "Christians and Marxists: a mutual challenge to revolution", Eckermans, Gran Rapids, Michigan, U.K., 1976
- (6) A. Gunder Frank, "El desarrollo de la crisis y la crisis del desarrollo", Comercio Exterior, México, Vol. 30, N° 3, marzo 1980.

"Se trata de la crisis del rango teórico-político de nuestra izquierda y de una crisis de la crisis de nuestra izquierda y, también de la crisis de un conjunto indefinido de corrientes que constituyen nuestra izquierda y nuestra izquierda" (1).

PROPOSICIONES

"CIENCIA, POLITICA, DEMOCRACIA"

JUSTO MELLADO S.

1. Por "nuestro marxismo" designo una concepción teórica como el aspecto de realización de una lectura política y la teoría, como un instrumento de conocimiento de un campo de fuerzas determinante.
2. Por "interrogación" entiendo un campo de fuerzas del cual se desprenden las representaciones políticas como una alternativa de modificación del campo de fuerzas.
3. La "crisis de nuestro marxismo" puede ser entendida, en primer lugar, como crisis de aplicación (donde lo político no puede llevar a efecto el imperativo teórico); en segundo lugar, como crisis de interpretación (donde lo teórico no puede proporcionar a lo político un conocimiento adecuado del campo de fuerzas).
4. La crisis de aplicación es un efecto de la crisis por la que atraviesan las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo, y se traduce en crisis de conducción política; la crisis de interpretación es un efecto de la crisis por la que atraviesa la actividad de los intelectuales incorporados a la clase proletaria, y se traduce en crisis de conocimiento.
5. La actividad de conducción política y la actividad de conocimiento son reguladas por y en el seno del las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo.
6. La regulación de la crisis general de "nuestro marxismo" reside en la realización de un punto de partida seguro del conocimiento, como de una regulación de los factores de aplicación de la alternativa de modificación del campo de fuerzas.

PROPOSICIONES

1. Por "nuestro marxismo" designo una concepción general que define lo teórico como el espacio de realización de una lectura utilitaria de la coyuntura política, y la teoría, como un instrumento de conocimiento de un campo de fuerza determinado.
2. Por "interpretación" entenderé el trabajo de observación y diagnóstico del campo de fuerzas; así como el ejercicio de cálculo del índice de maniobra de las representaciones políticas del movimiento popular en vista a proponer una alternativa de modificación de dicho campo.
3. La "crisis de nuestro marxismo" puede ser entendida, en primer lugar, como crisis de aplicación (donde lo político no puede llevar a efecto el imperativo teórico); en segundo lugar, como crisis de interpretación (donde lo teórico no puede proporcionar a lo político un conocimiento adecuado del campo de fuerzas).
4. La crisis de aplicación es un efecto de la crisis por la que atraviesan las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo, y se traduce inevitablemente en crisis de conducción política; la crisis de interpretación es un efecto de la crisis por la que atraviesa la actividad de los intelectuales incorporados a la causa proletaria, y se traduce en crisis de conocimiento.
5. La actividad de conducción política y la actividad de conocimiento son realizadas por (y en el seno de) las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo.
6. La resolución de la crisis general de "nuestro marxismo" reside en la restitución de un punto de partida seguro del conocimiento, como de una readecuación de los índices de aplicación de la alternativa de modificación del campo de fuerza.
7. La restitución del punto de partida, así como la readecuación de los índi-

ces de aplicación, dependen de la voluntad política del sujeto representante (en cuyo seno convergen las actividades de conducción y de conocimiento) para reestablecer las condiciones de su posición de fuerzas en el campo de la formación social.

1.

A partir de las Proposiciones será posible pensar la hipótesis de que toda tentativa de resolver la crisis de "nuestro marxismo" está condenada al fracaso si no se realiza una crítica radical la "noción de ciencia" que lo sustenta.

Dicha noción parece corresponder "grosso modo" al ideal de las ciencias del siglo XIX, cuando propugna el establecimiento de ciertas leyes inexorables que rigen el desarrollo del proceso social, asegurando la modificación de los estados de civilización y permitiendo su sucesión de acuerdo a su conformidad con un destino racional de la humanidad. Sin embargo, la adecuada sucesión requiere la participación de un agente conductor que pueda encarnar la verdad objetiva del desarrollo social. El agente, en cuanto encarnación de la verdad objetiva del proceso tendrá por misión imponer dicha verdad al conjunto de la sociedad como condición del conocimiento de la posición de cada clase como de sus actividades combativas en el transcurso de dicho advenimiento. Dicho agente, como encarnación de la verdad objetiva del proceso, tendrá la misión de imponer al conjunto de la sociedad como condición de conocimiento de la posición de cada clase y de sus actividades (combates) en dicho advenimiento.

La necesidad del agente radica en la existencia de fuerzas regresivas que ponen en peligro la inexorabilidad de las leyes; razón que lo lleva a ser exigido por la clase portadora del proceso universal y cuya posición garantiza la sucesión de los estados para dirigir el combate y destrucción de las fuerzas regresivas y asegurar, definitivamente, la estabilidad del avance de la verdad objetiva que encarna.

Dicho combate, como la reducción de las fuerzas regresivas, lleva implícita la organización de un orden social que reemplaza al anterior, unificando totalmente el destino racional de una humanidad que hasta entonces no había hecho más que vivir en la prehistoria. De esta manera, el ideal de las ciencias del siglo XIX sustenta y legitima por todos los medios un tipo de relación de subordinación de la clase respecto de su Representante, al definirse éste como encarnación de la verdad objetiva del proceso social; verdad a la que se accede sólo por el ejercicio que el método de dicha ciencia habilita. Es posible desde la posición de una tentativa restauradora, afirmar que al ejercitar la crítica de ese ideal de las ciencias, lo que se pone en duda no es el marxismo como ciencia, sino una de sus interpretaciones dominantes, influida por la lectura engelsiana de Lenin.

Desde ésta perspectiva es dable pensar en una alternativa teórica que resitúa la tradición marxista desde su fuente y recorriendo algunos componentes del discurso leninista con el objeto de salvar la vigencia de sus premisas actuales, a las que se ha atribuido un valor universal a partir del "éxito" de la

"insurrección bolchevique" de 1917. Esta práctica nos conduce a pensar "efectos de lectura" que tendrían lugar en el seno de los movimientos sociales, su poniendo el caso de que las obras teóricas puedan producir un efecto en sentido propio, como de hecho lo conciben los agentes políticos al determinar el carácter de sus discursos como "totalidades particulares expresivas" de una "totalidad teórica superior" o "eminente", que debe cuidarse de ser puesta en duda, so pena de poner en evidente peligro de derrumbe las conclusiones con que opera en el conocimiento de las realidades.

Si existe una "interpretación positiva-engelsiana" de las leyes del desarrollo histórico, a la que corresponde una práctica autoritaria del agente que busca encarnar su verdad objetiva, es necesario pensar privilegiar una "interpretación dialéctica y crítica" que permita restituir la confianza en el destino humano por parte de una teoría surgida para liberar a los hombres de sus cadenas y no para cambiar unas cadenas por otras.

Sin embargo, en ningún caso la idea de restitución del sentido propio de la teoría marxista implica la puesta en cuestión del tipo de relación que se establece entre la clase o clases dominadas en la sociedad y sus representaciones políticas. A lo más, esta idea de restitución acarrea consigo la redefinición del rol del representante, con el propósito de arrancarlo del circuito totalitario; pero la noción de encarnación subsiste; sólo se modifica su modo de concretarse. Subsiste, pues, aquella consideración según la cual es posible lograr modificaciones en la conducta de los agentes con el solo reemplazo de sus ejercicios interpretativos y de las bases que los sostienen. Mas, no faltará quien afirme la influencia de las transformaciones del campo de fuerzas en la manera como los agentes perciben la teoría en que apoyan su conocimiento, con el pretexto de que las ideas, al ser confrontadas con la realidad y no encontrar el grado de adecuación conveniente, sufren trastornos fundamentales que las obligan a replantear sus aptitudes.

En suma, la interpretación engelsiano-práctica es corregida por una interpretación histórico-crítica, que privilegia el rol cuestionador de la realidad contradictoria, que pone en jaque de manera permanente el estatuto del agente de la representación, como un llamado constante a la autoconciencia de su función, así como al estudio y resituación de las bases de su lectura. Sin embargo, si a la primera interpretación se le imputa un "realismo político" que termina por abandonar los principios, a la segunda interpretación se la acusa de ajustarse demasiado a los principios olvidando su inserción real.

2.

A partir de la hipótesis anterior propone considerar la correspondencia manifiesta entre "el ideal de las ciencias físico-químicas" y una concepción totalitaria de la acción política. Desde esta posición, es posible la percepción del estatuto del sujeto que, separado de la clase que sostiene universalmente dicha acción, "encarna" la racionalidad y garantiza la conclusión del movimiento social. De este modo, el problema de la crisis de "nuestro marxismo" es trasladado desde el "ideal científico" que lo sostiene, al sujeto portador de sus principios, de sus métodos, de sus análisis; en fin, de su empre

sa global de conocimiento. ¿Qué se podrá esperar, entonces, de un sujeto que se instala en el escenario social con la aptitud análoga de un físico después de considerar el campo de fuerzas como un laboratorio? No deja de ser un problema grave el de no poder asegurar condiciones de reversibilidad de la experiencia. Pero si es un hecho que la historia se repite (a veces como farsa, a veces como tragedia), la reversión de los hechos podrá ser efectuada en virtud de una reconstrucción (abstracta) del pasado, como matriz de una cierta constancia, a partir de la cual será posible establecer leyes de alguna manera generales, que al establecer los límites más o menos estables del campo de fuerzas para un período o fase, harán posible el ejercicio de cálculo y de previsión de los hechos y de las acciones.

En la concepción progresista de la historia, la sucesión y articulación de modos de producción y sus residuos, parece seguir un curso inalterable. El advenimiento de la sociedad capitalista convierte la historia en "historia planetaria" y total; no sólo hace saltar las barreras de la territorialidad corporativa sino que abre el acceso a la transparencia de las leyes de su disolución. En dicha disolución el capitalismo hace realidad el acceso al conocimiento de la historia humana y prefigura la transparencia de las relaciones sociales en la medida que produce el agente de su propia destrucción; pero no es menos cierto que dicha producción instala también en la escena al agente de su propia conservación (la burguesía). En esta unidad real contradictoria cada uno de los términos opuestos se supone como condición de la fuerza antagonista del contrario. En el campo de fuerzas estatuido, lo que uno gana en terreno, lo hace sobre el terreno cedido por el otro. La política, como práctica de la fricción y de la ocupación posicional construye un lenguaje de fuerzas, en el cual, el triunfo de uno de los términos supone la inversión de la relación de dominación en provecho del desarrollo humano.

El desarrollo, por inexorable y progresivo que haya sido presentado, no por ello realizará de manera autoproducida el paso del capitalismo al socialismo, como no ocurrió tampoco en el paso del feudalismo al capitalismo. Ahora bien, en la medida del fracaso de algunas transformaciones sociales a nivel planetario, una teoría de la transición ha sido puesta en evidente estado de insuficiencia, por no decir de ausencia. Marx, como siempre, habría proporcionado algunos esbozos que debían ser retomados por su posteridad; sin embargo, en alguna parte de su historia, dicha posteridad ha sido incapaz de producir la teoría necesaria. Subsiste el reconocimiento de principio, que dicho paso, oculto en la maraña de su posibilidad estructural, precisa de un agente desencadenante que desvele la forma de su paso, así como permita y ejerza el cálculo y la previsión científica orientada a señalar el camino y los plazos dentro de los cuales dicho paso ha de realizarse.

La transición, pues, exige que el agente potencial de la superación histórica anticipe en acto el advenimiento de la transparencia; es decir, el conocimiento del fundamento real del proceso, dificultado por la ubicación del agente antagonístico en situación dominante que pondrá toda su industrialidad en mantener el velo que impide el acceso a la verdad del destino humano. Mas, el agente potencial no puede acceder a la verdad porque la situación en que se encuentra se lo impide objetivamente, por lo que surge la necesidad de recibir

el auxilio de una ciencia que le permita acceder al núcleo de la verdad, que será la verdad objetiva del proceso. La ciencia exterior internalizada por el agente tendrá por función permitir el acceso metódico a la verdad objetiva del proceso, sin lo cual no podrá ejercer la función correlativa de previsión y cálculo de la acción del agente en el campo de fuerza estatuido.

Entonces el espacio del campo de fuerzas será uno, la verdad que lo rige será una, su accesión será realizada por una sola entidad; aquella que ha operado la importación de la ciencia y que en nombre del agente será la única habilitada para encarnar dicha realización.

Pues bien: ¿de qué ciencia se trata? De una ciencia que se veía venir; es decir, exigida por la historia misma para resolver los problemas inherentes a su desarrollo discontinuo, porque sabido es que la realidad sólo se plantea problemas que puede resolver. El surgimiento del marxismo, pues, sólo es posible en el siglo XIX, previa constitución de ciertas condiciones objetivas, de las cuales, la más importante es sin duda el desarrollo del proletariado moderno; es decir, aquel agente histórico en virtud de cuya acción se hará efectiva transparencia de las relaciones sociales, como ha sido apuntado con anterioridad. Cabe concluir, de este modo, que la verdad objetiva del proceso es puesta en estado de revelación por la práctica del movimiento popular organizado, que abre las vías de acceso al conocimiento de la totalidad social concebida como campo de fuerzas, cuyos componentes se articulan de acuerdo a códigos precisos. El establecimiento de la ciencia marxista, aparece ligado al problema del estatuto de su portador, es decir, del partido político. En suma, el ideal decimonónico de las ciencias naturales se combina con una concepción militar dieciochesca para dar curso a una noción de la política y de lo político como práctica de la victoria (del éxito y de la rentabilidad significativa), según la cual, la "realización exitosa" de un programa será asimilada a la verdad de un conjunto de proposiciones secretadas por una ciencia especial que ha construido su objeto en la necesaria transformación de los hechos sociales. Ciencia de hechos y no de imaginaciones, como una parodia social de la ciencia galileana.

Mientras tanto, las detenciones o atrasos (planetarios) en el avance del movimiento revolucionario serán imputables a una crisis del portador, que se traduce en la incapacidad que tiene para conocer el campo de fuerzas y realizar su actividad de cálculo y previsión. El avance o atraso del movimiento serán eternamente imputables al conocimiento; y un conocimiento como éste surge de la necesidad de transformar un campo que se rige, el también por leyes inexorables, y cuya transformación efectiva depende de la fuerza real conocida por la clase subordinada.

3.

El desencadenamiento de la crisis de "nuestro marxismo" tiene lugar cuando deja de realizarse el imperativo de accesión a la verdad objetiva en el campo particular de fuerzas de una formación social como la nuestra. La imputación sería del siguiente tenor: la actividad reductora de "nuestro marxismo" ha sido incapaz de proporcionar la verdad de nuestra formación. Es en este sentido que me

he referido al distinguir esta crisis generalizada como una doble crisis de aplicación y de interpretación. Sin embargo, es posible afirmar la inexistencia de una crisis real y sostenida, y propugnar el reconocimiento de una crisis transitoria referida al problema del acceso al conocimiento, que a una crisis de conocimiento propiamente tal. En este caso, el camino de una solución exige insistir en las condiciones de acceso al conocimiento a partir de la restitución de una operatoria categorial que hasta entonces (1973-1980) habría sido insuficientemente empleada por sus cultores. Al mismo tiempo, un cierto "fatalismo" nos conduciría a defender una noción de ruptura que divide la historia del conocimiento social chileno en un "antes" y un "después" de septiembre de 1973. De este modo, "antes", al menos se conocía, aunque de manera insuficiente; "hoy", en cambio, apenas se conoce; y aquello que se conoce no parece cumplir con las exigencias de una renovación. En oposición al "fatalismo", un cierto optimismo militante afirma, desde ya, la existencia de un espacio en constitución, en cuyo seno se preparan las condiciones de una restitución metodológica que podrá traducirse, en un plazo cercano, en conocimiento nuevo y objetivo de la nueva situación concreta: el "nuevo escenario" de la sociedad chilena. Ciertamente, frente a esta exigencia, las antiguas normas del marco teórico-programático de la izquierda chilena ya no permiten la adecuada apropiación de la verdad objetiva del proceso social.

No cabe duda que el punto de partida habitual se ha desintegrado y no se encuentra desde qué ni desde dónde fundar una crítica sólida a la realidad actual y diseñar a la par una alternativa convincente.

La crítica tiene por misión entregar los elementos sobre cuya base se podrá diseñar una alternativa; mas, no se trata de una alternativa cualquiera, sino convincente, es decir, realizable. La crítica es quien proporciona los indicadores sobre cuya base será calculada la tensión de las fuerzas del campo. La alternativa impone con su necesaria actualización, la urgencia de un diseño que haga coincidir los intereses del sector dominado con las proposiciones de conducción de la entidad representativa en una coyuntura determinada. El diseño, pues, presupone la crítica y, la crítica es impotente si no se traduce en diseño concreto. Es una idea de poder y traducibilidad la que mantiene en alto la voluntad de la entidad representativa como agente de la crítica y propo-
nente del diseño a las amplias mayorías que sabrán (o no sabrán) hacerlo suyo.

La apropiación esperada dependerá tanto de la claridad expositiva como de la proposición de acciones sectoriales concretas, pero referidas a la totalidad del proceso. La confianza de la entidad representativa en la razón es infinita. Las masas sólo conocen en y por la práctica. La razón teórica posee una base práctica innegable. Hasta aquí, la fábula del progreso racional de las ideas en el seno de la clase obrera. Si estas ideas son acogidas, ¡qué mayor prueba de su corrección!, y por este camino, el consenso social es atribuido a la acquiescencia de un grupo respecto a la institución que traduce sus tensiones y descifra el jeroglífico de su figuración.

La crítica se traduce en diseño, pero al mismo tiempo, la entidad cognoscente traduce los sentimientos e ideas dispersas de las masas, con el objeto de provocar su conexión con la máquina propositiva que actúa como aparato selec-

tivo de intereses potenciales cuya manifestación se hará explícita en la medida de su ajuste al marco del diseño. En suma, diseño y alternativa han de seguir un camino real, apegado al campo de lo posible.

Exigida por una necesidad histórica de conocimiento, la entidad se instala para modificar las condiciones de una ignorancia determinada y perpetuar la distancia entre sí y la clase, como separación necesaria en virtud de la cual será posible saber quién es quién, viviendo cotidianamente dicha separación como una unidad férrea que sella la capacidad ofensiva de este mediador que negociará por ella y para sí una ubicación de privilegio en el campo de fuerzas. Su resultado social no puede sino ser la organización de una sociedad construida a su imagen y semejanza.

CONCLUSION

El interés de plantear estas observaciones apunta a denunciar el carácter ilusorio de la resolución de la crisis de "nuestro marxismo"; porque, en sentido estricto, no hay crisis que resolver, sino más bien reajuste de conocimiento y reorganización de las entidades representativas de la clase obrera y el pueblo. A mi entender, lo que se ha denominado crisis, es el modo habitual que tiene el Movimiento de presentarse a sí mismo durante los períodos de reflujo. Si de crisis se trata, ésta no es una crisis de principios, sino de "aplicabilidad", producto de una derrota de convergadura, luego de la cual se ha de esperar la aparición de una nueva coyuntura en la que se podrá invertir el capital acumulado en el período de reflujo, incorporando a sus temas de reflexión y de convocación algunos tópicos que no habrían sido tomados en cuenta en épocas anteriores como elementos de formación de una alianza amplia.

Lo que he denominado "crisis de implementación" y "crisis de conocimiento", se revela en estos instantes como núcleos de insuficiencias y carencias teórico-programáticas que han de ser reestablecidas con todos sus derechos en el marco monolítico de una concepción de la política reducida al enfrentamiento de bloques. Se puede escribir esta historia relatando sus ausencias, y de hecho, ésta es una tendencia que domina. Tanto E. Tironi como J. Martínez proponen avanzar y traspasar el obstáculo de las ausencias; pero parecen obviar el problema de quién es el nuevo relator institucional de esta historia. A mi entender, la lucha política no sabría circunscribirse al nivel exclusivo de las relaciones de fuerzas aparentes; sin embargo, eso es lo único que sabe; además, lo sabe de modo incompleto.

El partido, la misión histórica del proletariado, el fundamento de la ciencia, forman parte de una cadena orgánica que ordena el espacio social como lo haría una formación militar preparada al combate. (La "vida partidaria" como vida excepcional, porque el estado de urgencia es su condición permanente). No podríamos entonces, dejar de recordar a Lenin gran lector de von Clausewitz, ni tampoco los pequeños clásicos maoístas de la época de la Gran Marcha, ni los comentarios heroicos escritos por el vencedor de Dien-Bien-Phu, que aliriera el camino de una concepción que fundamentara más de una década de ensayos insurreccionales en nuestro continente. En síntesis, con las armas o sin ellas,

el núcleo subsiste y consolida una visión del mundo, un cierto sentido común marxista que tendrá un comportamiento análogo, tanto en los frentes de batalla propiamente tales como en las batallas cotidianas de cada frente de trabajo militante, estatuidos en trincheras privilegiadas de una guerra prolongada que se extiende a la totalidad del tejido social.

El dominio de las relaciones de fuerza no es el dominio único ni exclusivo de la lucha política. El hecho que sea el único, manifiesta el carácter excluyente de su ubicación. Las llamadas "luchas minoritarias", que se desenvuelven haciendo caso omiso del campo de fuerzas y de sus agentes, son relegadas al sitio que ocupan los residuos sociales, fácilmente identificadas como patología espontaneísta del movimiento global. Sus objetivos poco tienen que ver con el "pan, trabajo y libertad"; al menos de manera visible, y son circunscritos al rango de preocupaciones pequeño-burguesas de las sociedades capitalistas avanzadas. Mas, con ello se es fiel a la reproducción del modelo centralista del capital en sus distinciones impertinentes de metrópoli satélite y/o de adelanto retraso, porque permite a las direcciones políticas decidir los grados de pertinencia y de privilegios de los temas relevantes del período. En definitiva, cada período expresaría sus contradicciones en un pequeño número de temas relevantes "de por sí", en función de cuya imposición las fuerzas sociales en presencia luchan denodadamente.

Por el contrario, lo minoritario apunta a la ausencia de un centro de referencia. La lucha política centralizada, en cambio, requiere la existencia de máquinas de guerra capaces de oponerse al adversario; requiere igualmente la existencia de organismos políticos que se inserten en el campo de relaciones de fuerza; sus organizaciones deben ser "representativas", coordinar las luchas, proponer una estrategia y una táctica.

Sin embargo, la sola existencia de los "socialismos reales" nos ha mostrado que incluso después del "derrocamiento" del poder de la burguesía, la forma de dicho poder podía reproducirse en el Estado, en la familia y en las filas de la revolución. La lucha de clases en general, nos sigue mostrando que incluso antes del "derrocamiento" del poder de la burguesía, la forma de dicho poder se reproduce "contaminando" las filas de la revolución, actualizando en el seno de la familia, del Estado, etc., el germen de la nueva dominación. Ciertamente, bajo este aspecto, el partido político ha sido la prefiguración de la sociedad futura.

El "Inventario", de E. Tironi, centra su interés, tanto en la incorporación a la "reflexión de izquierda" de algunos temas que no estaban incorporados a su tradición, como en la reforma del estilo político, con el objeto de establecer una férrea capacidad de convocación social. Mis observaciones sólo desean dejar instalada, junto a esta exigencia del momento, la necesidad de investigar el problema del estatuto de la institución convocante; es decir, el lugar que ocupa el sujeto social convocante, la forma de su instalación y el modo como produce su discurso unificador.

POR LA MUERTE DE "ISKRA"

Javier Martínez.

"El Gobierno es razón pública en acción".

(Presidente José Manuel Balmaceda)

¿Es el punto de partida el "conocimiento científico" de la historia, de la formación social de qué se trata y de su devenir?

Me parece que hay en esto un modelo de relación entre teoría y movimiento de masas -esto es: un modelo de "partido"- que está representado muy claramente por el paradigma de "Iskra" y que en más de un sentido taponó la creatividad de un proyecto alternativo.

La construcción social de la libertad supone, efectivamente, resolver la cuestión capital de la construcción de la conciencia colectiva. Pero ésta se constituye al menos en tres dimensiones: de la regulación normativa, de la información y de la voluntad o proyecto a realizar en la historia.

La normatividad -esto es: la regulación del crimen- es por sí sola impotente para fundar un espacio histórico de humanización. Si redujésemos a ella el problema de la conciencia colectiva, la afirmación de Balmaceda que preside esta exposición debiera retrucarse por esta otra: el Gobierno es la fuerza pública en acción! (familiar...?).

La construcción de la conciencia como razón colectiva ha sido siempre, por eso, una temática central del pensamiento libertario. ¿Cómo resolver, sin embargo, el problema de la relación entre información y proyecto, entre conocimiento y voluntad?

1.

La crítica de "nuestro marxismo" no puede pasar por alto su mistificación demoníaca del conocimiento científico: mientras el positivismo ingenuo se enfrenta hoy a la monstruosa realidad imperialista y anti-ecológica que ha engendrado como hija natural, la dialéctica materialista no puede dejar de ver en la esclerosis burocrática el espejo de sus propias miserias.

El optimismo dieciochesco del "progreso" se hizo carne en la ideología de la ciencia positiva bajo la forma de una superposición de lo verdadero y lo

deseable: la voluntad dejaba de depender de una elaboración realizada al margen de la ciencia y convertíase, con ello, en un dato misterioso que había de ser develado en la naturaleza misma de las cosas. Si ese dato se encontraba en la realidad inmediata del objeto o si, por el contrario, éste se presentaba en una virtualidad de su dinámica immanente, fue la raíz de una disputa escolar y práctica que nos llegó con la cultura. Pero, cualquiera fuese el caso, debíamos reconocer como base constructiva la premisa de que lo deseable se establece, como los hechos, con el concurso de la ciencia.

-Paréntesis: Poca diferencia hace, para nuestros propósitos expositivos, la legitimidad marginal otorgada por el positivismo al razonamiento normativo por la vía de la distinción entre la empiria y la ética, entre "ser" y "deber ser": porque es un hecho evidente el que, para éste, el terreno del deber ser no constituye sino un residuo decreciente y obstructivo que, cuando más, solo podría ser librado al debate de un pluralismo agnóstico (irresoluble, insondable). ¿Cómo podría ser de otro modo, en efecto, para quien pretende establecer las esencias, las leyes de la naturaleza, y por tanto al mismo tiempo los atentados contra-natura?

(Piénsese por ejemplo en los economistas contra el magisterio eclesiástico, en los politólogos de la "moderna teoría de las decisiones" contra la empatía de los políticos, etc., y en el hábito galileano que los impele a la lucha -armada incluso- de "verdad contra oscurantismo", como ayer los misioneros contra las bárbaras costumbres halladas en Indias...)

"Nuestro marxismo" -o, para decirlo francamente, el marxismo- hizo suyo por su parte ese entusiasmo dieciochesco, transformando a su vez la verdad científica en interés de clase y la ideología en reacción o atraso.

2.

Esta superposición de lo verdadero y lo deseable se traduce en una negación del espacio de la voluntad: en una reducción de lo deseable a lo históricamente necesario y, por ende, a lo normativo. Dados determinados términos de la ecuación, una y sólo una es la solución posible. Si la información es acertada no puede haber duda teórica ni, en estricto rigor, ecuación alternativa. De allí que la mistificación del razonamiento científico -el no reconocimiento de que la información es construida- conduzca siempre a la dictadura. (No hay en esto novedad alguna; como tampoco en que tal dictadura convierta al razonamiento científico en su contrario, esto es, en una formulación ritual, grotesca y ramplona, destinada a defenderse de cualquier modo contra la creatividad).

3.

Una política basada en la "verdad científica de la historia" no puede ser conducida sino por los que son capaces de desentrañar la esencia de entre las múltiples apariencias engañosas que la envuelven: la "línea correcta" se des-

prende de la realidad y pasa entonces a tener independencia absoluta de la voluntad; ella no se construye, se descubre. Hay un parentesco estrecho entre el filósofo-rey de Platón y la luz que viene del Comité Central (o, para el economismo chato, de Chicago...).

El periódico de partido baja la luz. Es organizador en cuanto revelador de la verdad establecida de los intereses de clase que necesariamente han de ser asumidos por la clase una vez descontaminada de las ideologías distorsionadoras.

Pero, al mismo tiempo, la verdad no puede ser descubierta por la propia clase: presas de un "trade-unionismo" espeso, las masas requieren la iluminación de los ideólogos burgueses que se han "elevado a la comprensión del movimiento histórico".

De allí que el problema del periódico es sobre todo de lenguaje, de docencia; "Iskra" es el profesor de las masas. El que "baja" la explicación y el qué hacer consecuente.

Paréntesis: La hipótesis del ascensor (sube democracia; baja centralismo) es sin duda ingeniosa. Pero deja en pie el hecho de que las opiniones democráticas se procesan arriba, a la luz de la "ciencia del proletariado", y de la taxonomía que la organización va precipitando: desviación X; desviación Y; línea correcta.

4.

Es sólo por ser ciencia "humana" que la pretensión de una y sólo una solución a una ecuación histórica es una sandez. Es por su propia condición de ciencia que esa pretensión debe rechazarse en el marxismo y en la propia ciencia social positiva. La ideología "científica" no tiene nada que ver con la ciencia, sino con el monopartidismo: cómo permitir, en efecto, la representación en pie de igualdad de la verdad y el error, cómo no reprimir un error que amenaza oscurecer la verdad?

(Marcuse: "La tolerancia de la libertad de palabra es el camino del adelanto, del progreso en la liberación, no porque no haya una verdad objetiva y el adelanto deba ser necesariamente un compromiso entre una variedad de opiniones, sino porque hay una verdad objetiva que puede ser descubierta, afirmando y comprendiendo aquello que es y aquello que puede hacerse con el propósito de mejorar el lote de la humanidad").

5.

La voluntad que busca consenso, que desata energías espirituales que habrán de coordinarse por sí mismas en un movimiento; esto es lo esencial de la política libertaria. No es una readecuación teórica en cuanto tal lo que permitirá salir del marxismo. "Toda previsión", decía Gramsci, "es una voluntad". Por decirlo de alguna manera, la condición fundamental de la revolución ha pasado a ser una revolución masiva de la libertad, que habrá de generar su

propia teoría a partir de una nueva lectura de la información.

Es en ello que consiste, a mi juicio, la tarea política de los intelectuales: en hacer de esa voluntad una razón que se propone romper una lectura libertaria, destituir la institución de la virtualidad; en proponer un horizonte. (Laclau: "un enfoque teórico es fructífero en la medida en que se revela como multiplicador de la creatividad espontánea que, surgida en áreas particulares, no había podido desarrollarse plenamente por falta de un principio de sistematización...", etc.).

La ciencia es apenas la materia prima -una de las materias primas- del arte político. La palabra política está expuesta al público y su única verificación se encuentra en la fecundación que pueda realizar sobre la imaginación y la creatividad colectivas: en su capacidad de multiplicación no en el sentido de creación de eco, sino de audiencia.

Paréntesis: ¿Búsqueda del eco o búsqueda de la audiencia? Esta es la diferencia entre el fascismo de la "acción directa" y la política libertaria: porque mientras para el primero se trata de elevar al fortísimo el mandato de las normas cristalizadas en la ideología dominante, para la segunda se trata de superar a ésta y aquéllas por una nueva razón que ha de hacerse voluntad. El tipo de referencia simbólica es lo que define el carácter de las energías a desatar (de transformación, o de policía).

6.

Una política libertaria está pues en contradicción con la acción de secta de los "iniciados en la verdad". El periódico que nuclea, en lugar de liberar imaginación y energía social autónoma; hace de la razón un cristal. Es preciso en cambio abrir al público las combinaciones (el I Ching) si se ha de abrir a él la acción autogestionada, la coordinación de las propias voluntades. Tomás Moro se maravillaba al relatar los sorprendentes juegos de los utopianos, en que no intervenía el azar sino la razón: jugando uno de los contendientes con las piezas de las virtudes sobre un tablero, y el otro con los vicios, creaban y recreaban permanentemente una sólida sabiduría moral sin el concurso de dogmas teológicos establecidos (y creaban y recreaban, al mismo tiempo, el propio juego que les servía de base): el pueblo construía con ello, su propia teoría del Universo... El modelo de Utopía, ¿no será acaso el modelo de la "razón pública en acción"?

LA DEMOCRATIZACION UNIVERSITARIA RECORDANDO
CORDOBA

JOSE BENGUA C.

"Hombres de una República libre, acabamos de um
per la última cadena que, en pleno siglo XX,
nos ataba a la antigua dominación monárquica y
monástica. Hemos resuelto llamar a todas las co
sas por el nombre que tienen. Córdoba se redime.
Desde hoy contamos para el país una vergüenza
menos y una libertad más. Los dolores que quedan
son las libertades que faltan. Creemos no equi
vocarnos, las resonancias del corazón nos lo ad
vierten: estamos pisando sobre una revolución,
estamos viviendo una hora americana".

(La juventud argentina de Córdoba a los hombres
libres de Sudamérica. Córdoba, 21 de julio de
1918).

Así comenzaba el manifiesto del año 18. Su voz potente resonó por toda la
América Latina. Un llamado a la democratización universitaria, a constituir u
na verdadera universidad. Córdoba es un grito contra el autoritarismo, un gri
to de la razón y la juventud.

La Universidad lleva a la democracia como parte de sí misma. Y no se trata
de buscar esencias incommovibles. En la medida que la sociedad institucionaliza
la cultura, la creación científica y cultural, la educación y el saber se
producen exigencias propias a esa actividad. La democracia es exigencia inter
na al acto creativo, al proceso de estudio, reflexión y trabajo intelectual.
El autoritarismo elimina la crítica y fomenta la adulación; sin crítica, sin
oposición, sin libre juego de los contrarios no hay avance científico y cultu
ral. Las banderas levantadas hace cuarenta años por los estudiantes cordobeses
mantienen hoy día su plena vigencia, sobre todo en nuestro país.

No es necesario decir nada nuevo. Se trata de fustigar a quienes piensan
que el planteamiento democratizador obedece a ideologías obsecadas, a un afán

de introducir la politequería en las aulas, o un simple paso táctico para la agitación y la propaganda. Queremos volver a mostrar que la práctica de la democracia está exigida por el hacer mismo de esa institución. Anotaremos los principales aspectos que asume la democratización en la Universidad.

El primer aspecto tiene relación con la elección de autoridades. La Universidad se constituye en torno al proceso de conocimiento, de creación cultural, de disputa teórica, ideológica y política. Es en la tensión dialéctica del conocimiento en que profesores y alumnos constituyen lo que tantas veces -y tan poca seriedad- se ha llamado "la comunidad universitaria". Esa comunidad no es -ni tiene porque serlo- el espacio homogéneo, tranquilo, ordenado, exento de conflicto que pretende tanto aprendizaje académico en estos tiempos. El conocimiento no crece si no hay confrontación. Pero para que esta disputa sea fructífera se requiere de un "ámbito académico" especial. Es por ello que, de esta relación fundante, surge el concepto de AUTONOMIA UNIVERSITARIA. El proceso de conocimiento requiere del ámbito de libertad, de separación parcial de la contingencia, de responsabilidad -como dirían los antiguos- con la verdad, es to es, con la realidad, con los procesos concretos -profundos- de la sociedad. Es allí donde brota la comunidad autónoma en torno al saber.

Es en función del conocimiento y de las formas propias de su desarrollo, que surge la autonomía. De ella surge el colectivo académico que debe darse sus propias reglas y debe elegir sus propias autoridades. Hay una relación estrecha y directa entre proceso de conocimiento, constitución de la Universidad como colectivo que realiza prácticamente el proceso científico, autonomía universitaria -condición para la realización del conocimiento libre- y autoreglamentación universitaria con elección de autoridades.

"Si los hombres se caracterizan por sus ideas, si éstas son el único elemento diferencial que los separa, lógico es suponer que la similitud de las mismas los atraiga y los una" (Córdoba). En torno al saber se dan las posiciones y en torno a las posiciones surge la comunidad y las autoridades. Pero no es "desorden político" sino vida universitaria, o más simple, Universidad.

El Claustro Universitario expresa materialmente la Universidad viviente; es el colectivo de conocimiento. Este claustro se hace efectivo cuando determina autónomamente los reglamentos de la Universidad, elige las autoridades, conduce y orienta la investigación, docencia y extensión universitaria, esto es, cuando ejerce la autoridad académica. Al no constituirse el claustro la Universidad se mantiene castrada, no logra constituirse como un espacio activo de la cultura y la crítica tiene el poder no la autoridad.

El claustro universitario es un ámbito privilegiado de práctica de la democracia. "La función electiva es primordial en todo gobierno. De su amplitud depende la selección de los hombres llamados a ocupar posiciones dirigentes y su libre y periódico ejercicio garantiza la capacidad de los llamados a ejercerla" (Córdoba). La Universidad debe servir de experiencia práctica de trabajo democrático, experimentación cotidiana de la fuerza de los argumentos y la razón, frente a una sociedad dominada por la fuerza irracional. La Universidad tiene un aspecto de anticipación de la sociedad que se proyecta en la cultura

y la ciencia; desde Córdoba aparece la preocupación democrática universitaria como prefiguración de la democratización del conjunto de la sociedad: "las universidades han llegado a ser fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad servil" (Córdoba). El cambio de la Universidad anuncia el cambio de la sociedad.

El segundo aspecto de la democratización se refiere a la participación estudiantil. En tiempos en que los propios "dirigentes estudiantiles" oficiales autolimitan su participación, y señalan "no estar preparados" para participar, bien vale recordar la historia. "La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros" (Córdoba).

Las reformas universitarias han sido siempre presionadas por los estudiantes. Ellos son el "motor del cambio" en las universidades. La participación ha sido la reivindicación central. La Universidad Oligárquica era antiparticipacionista. El claustro estaba formado por los catedráticos de largos años de calificación. El estudiantado estaba subordinado a los "poseedores" del saber. Esta no participación estudiantil se fundamenta -aún hoy en día- en una concepción profundamente retardataria del proceso de conocimiento. El saber no surge del encuentro dialéctico del aprendizaje, ni en la discusión de planteamientos encontrados; por el contrario, son ciertas personas "que conocen" (por su capacidad individual y cierto privilegio casi semejante al de la nobleza aristocrática); ellos son los que saben, son los que poseen la verdad y la vierten en un monólogo ampuloso.

La cátedra se transforma en el supremo mito. Desde allí el maestro dispara sus conocimientos; despotrica contra sus enemigos, alaba a los de su casta y trata de convencer a los alumnos de que son unos imbéciles y que muy pocos llegarán a saber lo que él guarda en su sabia inteligencia. Las pruebas y exámenes consisten en "pillar" al alumno en lo que no sabe. "Las notas cuatro para los buenos alumnos, el cinco para el genio, el seis para mí y el siete para Dios", decía un catedrático famoso.

"Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y por consiguiente infecunda" (Córdoba). Romper la cátedra, esto es, romper una práctica deciente, la práctica catedrática retardataria, es parte necesaria del proceso de democratización y está íntimamente unido con la participación estudiantil.

El error de las reformas ha sido muchas veces separar el problema de gobierno de la Universidad -la participación de los estudiantes en el poder universitario- con la participación en el proceso de conocimiento. La separación entre investigación y docencia es parte de esta práctica. El profesor "tira" a los alumnos el resultado de su aprendizaje individual. La participación estudiantil pasa por su integración al conjunto del proceso de conocimiento y de allí su derecho a participar en el gobierno de la Universidad. Los pupitres no tienen derecho a co-gobernar. Los alumnos que reciben pasivamente las materias de catedráticos instalados en podios lejanos, que tratan de pasar de curso "copiando" y que van en busca de un cartón, tampoco pueden invocar el derecho al co-

gobierno. Participación estudiantil en el manejo universitario va de la mano con la redefinición de la práctica académica.

Y en esto no hay peligro de anarquía, como tanto se repite. "Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien" (Córdoba).

La política universitaria pasa por esta dimensión. Se podrá hacer política -en general- a la salida de clases, en los pasillos, pero en la medida que no se incorpore en un todo el hacer universitario, no se estará haciendo política universitaria.

El tercer aspecto de la democratización dice relación con el ingreso universitario. La Universidad es elitista también -y principalmente hoy día- por su composición social. Las políticas de autofinanciamiento, de pago de matrículas, de selección universitaria, etc., tienden a elitizar el ingreso. Incluso para algunos economistas existe una relación directa entre agitación estudiantil y pago de matrículas. Subiendo la matrícula bajaría la agitación. La apertura de la Universidad a los sectores populares es parte sustantiva de la democratización.

Pero el elitismo no consiste solamente en que todos los universitarios sean parte de una sola clase social. La Universidad al ser "exclusiva", ve la sociedad desde un solo punto de vista, desde el prisma de los intereses particulares de un grupo. Se atenta gravemente contra su carácter universal, esto es, lugar de debate de todos los puntos de vista. La Universidad no sólo no es democrática en su composición sino que tampoco en sus contenidos.

Es por ello que la apertura de la Universidad a los sectores populares no es sólo un asunto de matrículas y becas de estudio. La propia Universidad debe modificarse. Una educación discursiva, libresco, en la que se supone una base cultural social e incluso económica, segrega a los sectores marginados. Los alumnos más aventajados siguen siendo los que provienen de familias con recursos económicos y culturales. La democratización de la matrícula sin cambio en los contenidos se transforma en una burla a los estudiantes pobres. En la democratización no se trata de cerrar los ojos a las diferencias culturales sino, por el contrario, asumirlas de forma concreta para permitir que exista una verdadera posibilidad de igualdad.

Finalmente dos consideraciones: ¿es posible plantear la bandera de la democratización universitaria en una sociedad no democrática? La Universidad suele caminar a ritmos no necesariamente simultáneos a la sociedad. Es posible pensar en avances aislados y también que éste sería un elemento sustantivo de la democratización social. Y este problema nos lleva a aquel de la política universitaria. Para muchos la Universidad es sólo un escenario de las luchas políticas del país, sin especificidad alguna, se le utiliza como plataforma de lanzamiento. Es la imagen -bastante real- del "politiquero" que utiliza la

tribuna universitaria para sus fines (promoción personal). Pensamos que la renovación del quehacer político pasa por otorgarle a cada escenario su especificidad. El error del pasado fue considerar toda preocupación académica como retrógrada. El cambio de la Universidad se sustenta en la crítica, la cultura y la práctica del conocimiento. De allí surge la imperiosa necesidad de democracia y la proyección del movimiento hacia el conjunto de la sociedad. Es la enseñanza que podemos sacar leyendo hoy día, Córdoba.

LA FECHA DE LOS AÑOS VEINTE

EDUARDO VALENZUELA

JOSÉ PRINCEPIA

LA FECH DE LOS AÑOS VEINTE (*)

EDUARDO VALENZUELA

JOSE WEINSTEIN

(*) Resumen del documento: "La FECH de los Años Veinte. Un Movimiento Estudiantil con Historia". (SUR, Santiago, septiembre 1980).

2. La familia es el núcleo de la sociedad. Los miembros de la familia deben trabajar juntos para mantenerla unida y fuerte. La familia es el primer lugar donde se aprende a amar y a ser responsable.

Las primeras movilizaciones estudiantiles tuvieron por horizonte el programa democrático-nacional de la burguesía reformista de aquella época. El temperamento de los estudiantes era antioligárquico y anticlerical, mientras que sus intervenciones públicas eran aplaudidas por los políticos reformistas. Ocurrió con la propia fundación de la FECH en 1906 cuando los estudiantes de medicina se rebelaron, porque en un acto de homenaje por las campañas sanitarias que hicieron en Valparaíso, se les reservó los puestos de la galería del Teatro Municipal, mientras la alta sociedad ocupaba pilcos y plateas. Más tarde, los estudiantes apoyaron los proyectos de instrucción primaria obligatoria que presentó Letelier al Parlamento y participaron reiteradamente en movinientos contra autoridades universitarias o en defensa

de la libertad de cátedra. Sin embargo, la revuelta contra Monseñor Sibilia en 1913, es el acontecimiento más importante de este período. Los estudiantes encabezan en ese año una espectacular movilización contra el Nuncio Papal en Chile y exigen la constitución del Estado laico y la redefinición del patronato. El movimiento es dirigido y alentado por políticos reformistas, pero los propósitos anticlericales terminan ahogados en el Parlamento. La revuelta de 1913 radicaliza enormemente a los estudiantes. En adelante, el ánimo de la juventud será fuertemente antiparlamentario y los estudiantes (que ya habían dado prueba de su capacidad para encabezar movimientos de masas) redefinirán su alianza acercándose al incipiente movimiento obrero, de inspiración anarquista, que comenzaba a levantarse entre los artesanos y trabajadores independientes de Santiago.

3.

Los estudiantes de medicina expresan el temperamento más radical entre la juventud universitaria de la época. Desde el rectorado de Letelier, e incluso más remotamente por la influencia de la generación de intelectuales liberales que fundaron la Universidad de Chile, el carácter laico y profesionalizante de la Universidad avanzaba rápidamente. La jurisprudencia dejaba paso a las profesiones científicas y pedagógicas. La Universidad, y muy particularmente los estudiantes, representaban el espíritu de la pequeña burguesía moderna, agresiva y autónoma, dispuesta a enfrentarse resueltamente contra la oligarquía, ya no a través de la transacción parlamentaria (que se había mostrado durante años inútil e impotente), sino por medio de la acción directa. Las pretensiones estudiantiles serán hegemonizar y dirigir la reactivación del proletariado como soporte de masas de su acción política, a la vez que se autonomizan crecientemente de la institucionalidad política e incluso de los partidos progresistas. La bohemia de los estudiantes de medicina (la mayoría de ellos provincianos) expresa perfectamente esta situación. En la bohemia se congrega una juventud social y políticamente marginada (una especie de "ghetto" estudiantil que tenía como escenario los barrios de Independencia) que se caracterizaba por sus actitudes irreverentes, por sus líos con la policía y por el boicot permanente contra las actividades sociales de la oligarquía. Desde la bohemia, también, los estudiantes se vinculan con las agrupaciones obreras y se emparentan decididamente con el anarquismo recogiendo toda su tradición individualista, romántica y moralista.

4.

El Directorio de la FECH de 1918 derrota, finalmente, las posturas corporativistas en el seno del movimiento estudiantil. Los estudiantes declaran resueltamente que "vendrá una época de lucha ardiente en la que es necesario que la juventud tome la parte más activa". El Congreso Nacional de Estudiantes de 1918 agrega que "muchas personas creen que nuestros partidos al girar en torno a la cuestión religiosa han hecho ya su época". En adelante, la "cuestión social" (es decir, el problema obrero) pasa a ser el eje de una convocatoria nacional, encabezada por la pequeña burguesía reformista, capaz de desbarrancar al poder oligárquico. Los estudiantes se autoproclaman la

"vanguardia" de este proceso. No obstante, en el Directorio de 1918 coexisten dos posturas vanguardistas. Por un lado, Santiago Labarca (militante activo aunque heterodoxo del Partido Radical) quien adhiera a la postura del Congreso del 18 recién nombrado, y por otro lado, Juan Gandulfo (militante de la sección chilena de la IWW) quien adhiera a la Convención de 1920 que se pronuncia decididamente por un horizonte anticapitalista (no únicamente antioligárquico) y desprecia intransigentemente los métodos institucionales de lucha. De cualquier manera, ambas posturas coinciden en convertir a la FECH en el eje de un movimiento nacional-popular; en romper con la lucha puramente parlamentaria en que se desenvolvía inútilmente el reformismo burgués y en colocar la "cuestión social" como verdadero centro del problema nacional. La FECH, en efecto, se pone en la primera línea de combate en esos años. En 1918-1919 crean la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional y la Universidad Popular Lastarrin, a la vez que publican periódicos de gran tiraje ("Juventud" y "Claridad"), dentro del esfuerzo permanente por construir la alianza obrero estudiantil. En 1920, la candidatura alessandrista sale al paso y los estudiantes asumen actitudes ambivalentes. Alessandri hace mucho de lo que Labarca quería hacer desde la FECH: una movilización nacional-popular de corte no parlamentario, tras un programa reformista. Los dirigentes anarquistas de la FECH, sin embargo, desconfían del populismo alessandrista aunque son incapaces de levantar una respuesta propia. En definitiva, los estudiantes participan como el sector más radicalizado de la candidatura alessandrista (sin adhirir públicamente a ella) y cae sobre ellos la persecución del Gobierno de Sanfuentes en el asalto y saqueo del local de la Federación en julio de ese año y en el proceso contra la IWW a raíz del cual muere Domingo Gómez Rojas. Tiempo después, la FECH se vanagloria de haber contribuido decididamente a la victoria de Alessandri por la firmeza con que resistieron las maniobras del Gobierno por sabotear su triunfo electoral.

5.

La masacre de San Gregorio, en febrero de 1921, abre un nuevo período de la lucha estudiantil. Por primera vez, los estudiantes conocen y se interesan en el movimiento obrero del norte chileno. Una editorial de "Claridad", de aquella fecha, admitía la posibilidad de que los estudiantes apoyaran un partido de clase encabezado por la FOCH. Sin embargo, la distancia geográfica-política del proletariado nortino, el obrerismo y su incapacidad histórica por asumir las reivindicaciones democráticas-nacionales desalentaron esa posibilidad. Los estudiantes retomaron su tradición vanguardista dentro de los estrechos marcos del anarcosindicalismo de Santiago con el cual mantuvieron contacto permanente. La masacre de San Gregorio, además, fue el comienzo de un nuevo impulso radicalizador dentro de la FECH, que culminó a fines de 1921 con el rompimiento definitivo con el gobierno de Alessandri, a raíz de la destitución del profesor Carlos Vicuña Fuentes. En efecto, Alessandri no resolvió el boicot parlamentario con que la oligarquía saboteaba su programa reformista. Este reformismo burocrático y parlamentario fue denunciado ácidamente por la FECH. Alessandri se decide a fines de año a levantar una federación paralela (Federación Nacional que la FECH apodó Federación Fisco Nacional) con estudiantes reaccionarios que incluyeron a la juventud católica. El rompimiento con Alessandri y la imposibilidad de vincularse efec

tivamente con el movimiento obrero agotaron las posibilidades políticas de la FECH, que desde entonces comenzó una fase cada vez más aguda de crisis y deterioro. En efecto, la actitud política de la FECH se desdobló entre un anarquismo cada vez más verbalista y delirante (surge una tendencia "neo-individualista", desconectada incluso del anarcosindicalismo y que se expresó sobretodo en el terreno de la bohemia literaria y artística), y en los esfuerzos inútiles de algunos parlamentarios jóvenes (incluyendo a Santiago Labarca quien era diputado radical por Santiago) por desempañar el reformismo parlamentario de Alessandri.

6.

En 1922, Eugenio González encabeza la reacción estudiantil dentro de la FECH, combatiendo enérgicamente el vanguardismo, el obrerismo y la hiperpolitización de la Federación, y atacando los principios de la Convención de 1920. El centro de la vida estudiantil vuelve progresivamente a la Universidad. En junio de ese año, un acuerdo del Consejo de Instrucción Pública que exigía autorización administrativa para hacer reuniones estudiantiles enciende la mecha de la reforma universitaria. Los estudiantes estuvieron al corriente del movimiento reformista que recorrió las Universidades Latinoamericanas desde Córdoba en adelante y consagraron sus principios en la Convención de 1920, pero no se interesaron concretamente por la reforma universitaria sino hasta que la FECH hubo perdido su importancia política por las razones recién aludidas. Entre junio y julio de 1922, la huelga convocada contra el acuerdo del Consejo de Instrucción sirvió para agitar los principios clásicos de la reforma. La huelga se prolongó por tres semanas, mientras que las autoridades tuvieron que cerrar y posteriormente intervenir policialmente la Universidad, pero los estudiantes no recibieron apoyo alguno ni del Gobierno ni de los profesores. En realidad, la petición de reforma fue abstracta y extemporánea, pues la Universidad de Chile era ya un sólido reducto de la burguesía reformista. Los estudiantes no chocaron contra la Universidad oligárquica y clerical de Córdoba o Lima, sino contra una Universidad casi completamente laica y profesionalizante. El conflicto de 1922 se cerró con una transacción que retiraba el acuerdo del Consejo y levantaba la intervención policial, así como las expulsiones y suspensiones de dirigentes estudiantiles, pero que no admitía ninguna reforma de envergadura en la Universidad. El gobierno de Alessandri se limitó a tramitar la jubilación del Rector Amunátegui, al término de su período ordinario, en octubre de ese año, para designar un nuevo rectorado que prontamente inició una política de endurecimiento respecto de los estudiantes. Con el fracaso de la reforma de 1922, la crisis de la FECH se profundiza. La reacción estudiantilista dentro de la FECH adquiere contornos cada vez más reaccionarios, a pesar de la vociferante protesta de los pocos grupos anarquistas que aún perduran. Hacia 1924 la FECH se unifica con la Federación Nacional en la Federación Universitaria con un programa e intencionalidad netamente corporativas. Prácticamente, toda la generación de dirigentes estudiantiles del 20 está disuelta y políticamente frustrada.

No es difícil reparar en la frustración de esta generación estudiantil. La FECH no se incorpora a la vida nacional a través de la reforma universitaria como ocurrió con casi todos los movimientos estudiantiles latinoamericanos. La impotencia del reformismo burgués por hacer la revolución antioligárquica, convence rápidamente a los estudiantes de la necesidad de apoyarse en el movimiento obrero. El vanguardismo estudiantil se profundiza al tomar contacto con los sectores más atrasados y políticamente inmaduros de ese movimiento. La FECH se coloca, efectivamente, en el centro de la turbulencia antioligárquica de aquella época. No obstante, cuando en 1921, rompe definitivamente con el reformismo, en razón de su parlamentarismo y burocratismo, la FECH pierde su calidad de centro político. En efecto, el movimiento anarquista es demasiado débil para dar sustento a una poderosa alianza obrero estudiantil. Por otra parte, la FOCH está demasiado lejos e inmadura para incorporar y atraer a los estudiantes tras una alternativa revolucionaria. La FECH intenta inútilmente reinsertarse en la vida pública, esta vez, asumiendo la tarea de la reforma universitaria, pero esta tentativa se estrella con la Universidad cuyo carácter laico y profesionalizante ha avanzado demasiado para interesar a la burguesía reformista. Desde entonces, la misión histórica que se autassegnaron los estudiantes se encuentra agotada, los militares se harán cargo de desempañar el reformismo parlamentario de Alessandri y el proletariado se hará cargo del socialismo. Una generación estudiantil brillante, valerosa y audaz se retirará de la escena.

